

## Tres momentos

■ ■ Nora Carolina Rodríguez Sánchez\*

### Para llegar a ser señorita y perder la libertad

Con el oscurantismo de los años en que se inauguraba el uso de la píldora llegó a la adolescencia. En casa todos querían que la niña continuara como tal, con sus arrebatos independentistas y ese aire de yo-todo-lo-puedo-hacer. Trepada en árboles, corriendo detrás del perro para montarlo y despanzurrarlo, tamaña muchachota. Hasta ese entonces ni por error se había asomado a la cocina. Ningún quehacer hogareño le habían encomendado, el dulce privilegio de la benjamina.

Cuando un pelito se asomó en el pubis, lo negó. Primero fue uno, luego otros más. Los veía con esa curiosidad que la hacía pensar que algo no andaba bien, que eso era un error. Su cuerpo tan liso, flaco y huesudo ahora con pelos. Al mismo tiempo le dio por crecer, se vio tan alta que la pusieron al final en la formación en la secundaria. ¿Cómo era posible? Su amiga estaba muy lejos de ella. ¿Con quién iba a cuchichear ahora? Era un ardid de la maestra. La quería dócil y de esa manera controlarla. Un buen día la frente se le llenó de granitos.

—Me picó algo —le dijo a su mamá.

Ni caso le hizo. Se lavó y restregó con un estropajo, pero no se iban. Fue con su hermana y ella tampoco la escuchó, bastante tenía con sus propias espinillas para hacerse cargo de otras. En cambio, su amiga propuso hacer una mascarilla.

Consiguieron en la fábrica de ladrillos medio kilo de barro y lo revolvieron con agua. Se untaron en toda la cara. Aquello fue divertido. Primero se sintió muy fresco y poco a poco al ir secando era como una pared en la

que, si hablaban o se reían, se cuarteaba. Después de enjuagarse, con la boca enterregada (porque hasta allá se coló el barro), la cara quedó suavcita y pronto se olvidó de los granitos y de su nueva pelambre porque a su amiga le habían comprado una bicicleta. Paseaban por las calles aledañas a la escuela y aprendió a manejar la unidad. Bautizaron el nuevo pasatiempo como *La rodadera*. Muy poca imaginación para tantas horas de gozo.

“Aquello” tuvo que pasar el día de la clase de deportes. La profesora las puso a correr alrededor del parque. Mientras corría sintió como si se hubiera orinado, porque los calzones estaban húmedos, aunque ese día no hacía calor, pero ni creas que le importó, lo que quería era ganarles a todas sus compañeras. Para algo debía servir ser la más grande. A lo lejos se oyó el timbre de salida y siguió corriendo hasta su casa. Menudo susto, los calzones estaban embarrados como de chocolate. No le dijo a nadie. Lavó su ropa y batalló mucho. Aquella mancha no era fácil de sacar. Mientras, los calzones limpios seguían recibiendo otra tanda de raros flujos que no sabía de dónde rayos venían.

Sus hermanas tenían bolsas con algodón y aquellas cajas azules, de kotex. Les robó las dos cosas y las escondió en su cuarto. Por supuesto que se dieron cuenta. Ella no supo ni cómo se enteraron, pero la hermana mayor le dijo con tremenda tranquilidad:

— Ahora ya eres señorita y cada vez que tengas la regla puedes pedirme lo que quieras.

La otra hermana le dijo:

— Ahora tendremos que enseñarte a cocinar — le dieron de regalo un sartén y la pusieron a barrer y trapear—. Ah, y ya no puedes andar ahí de marota en las bardas y en la bicicleta.

¿Así que eso significa ser señorita? No entendió nada. Pasar de niña a señorita era lo peor. Hacer cosas de grandes, la encerraban, la hacía sentirse atrapada

\* Nacida en Monterrey en 1957. Profesional de la educación, ha colaborado en publicaciones como *A Lápiz*, *Conciencia Libre*, *La Quincena*, *Nosotras y Trastienda*.

en un cuerpo que mutaba y trastocaba su mundo. Todo tenía que suponerlo, todo tenía que deducirlo. Nadie explicaba ni aceptaban preguntas o dudas.

Tardó unos años en volver a ser atrevida y loca, ahora sin permiso, pero recuperó la libertad. El miedo de sus hermanas mayores a que fuera “a regarla” como le advirtieron, todo sordeado, se evaporó cuando fue a la farmacia y con nuevos bríos compró aquel paquete de 28 pastillitas.

## Los anillos

La esposa de Álvaro rompió el último eslabón que la unía a él, abandonándolos como si fuera un olvido involuntario en el lavabo del baño de la sala B de la Terminal dos del aeropuerto, después de lavarse las manos.

Se fue y no quiso saber más de los rosales que sembró en las tinas de pintura que le regalaron cuando pasó el convoy de aquel candidato hace cuatro años y barruntaron de amarillo el puente peatonal que cruza el eje ocho, por donde venden el pan de Zacatlán.

Dejó en la mesa de la cocina un guiso de nopales con mole. El mantel plástico con flores blancas y fondo rosa, quemado por poner las colillas de cigarros que él nunca atinaba en el cenicero. Ya la tenía harta. La estufa de petróleo inundando con ese hollín imposible de limpiar en la pared blanqueada con cal y ennegrecida una y otra vez, tampoco le gustó nunca.

Así que, sin decir palabra, hace más de un año agarró una lata vacía de leche Nido que tiró la vecina cuando al niño no le cayó bien y tuvo que volver a darle Enfamil, y se propuso llenarla con puras monedas de diez pesos. El boleto que iba a comprar no era un viaje redondo.

Si quieren, búsquenlo y denle los anillos, nomás para que sepa.

## Dalia

Llegué en el tren, como debía ser. Desde la primera vez que viajé a Monterrey, bajé por la colonia Linda Vista; ese sería mi destino vital.

Me invitó Andrea, quien ya tenía trabajo y había descubierto una veta para ella y las amigas de Tampico. Traía solo dos mudas, al cabo que, con trabajo seguro, pronto podría comprar más ropa. Me esperaba en la estación junto con Pit. Don Peter, pero para nosotras, tan costeñas, era Pit.

Igualadas, cabronas. Muy jóvenes. Andrea se había acomodado con un aduanal y el trabajo de él, tan distante, le daba comodidad. Mantener la casa limpia y ventilada era la orden. El señor solo venía cada tres semanas, y a veces se tardaba más. Él era solo y estaba muy guapo. Pero llegamos a trabajar, nada más nos interesaba. En el pueblo las cosas no iban bien y las familias tenían hambre.

Éramos una opción. Me quedé a trabajar con Peter. Él era norteamericano, ferrocarrilero jubilado. No tenía más de cincuenta años, pero esa actividad le había mermado salud y vida. Me asignó un cuartito en su pequeña casa prefabricada. La había transportado desde Illinois, y la armaron acá. La cimentó y la pintó de blanco. El filo del techo azul claro. En el frente sembró una palma datilera que fue creciendo hasta engrosar como una tina de lavadora. Tres o cuatro macetas al frente de la casa, bajo el alero de dos aguas. Peter sentía que su vida tenía grandes recompensas por vivir en una ciudad tranquila, en un país prometedor y en una colonia más bien conservadora, hasta agringada.

Yo tenía solo diecisiete años. Entonces, casi toda mi vida la pasé ahí. Debiste conocerme: de piel morena y vivaz, alegre cual más; a la menor provocación me soltaba bailando y que no tocaran “Tampico hermoso”, porque entonces la falda floreada revoloteaba y mis pies no tocaban el suelo. De labios gruesos y cabello crespo, a los hombros. Mis vestidos siempre fueron recatados, cubriendo con tino mis formas exuberantes.

Cuidaba la imagen. Tuve dos amores y uno me siguió toda su vida. Cuando tenía menos de quince días de haber llegado a Monterrey él llegó también y me fue a buscar. No tardó en conseguir un sitio donde vivir juntos y entonces Peter pensó que ya no tendría ayuda en su casa. Le aseguré que cumpliría con el trabajo. Lo cumplí hasta que nació mi primer hijo. Un morenito de ojos grandes y lo llevaba conmigo a limpiar la casa. El niño era muy bueno y me dejaba hacer los quehaceres. Cuando me volvió a embarazar, me dejó. Dijo que no se trataba de llenarse de muchachos y que mejor ahí le paraba.

Nació una niña y decidí que lo mejor era que se hiciera cargo de ella la vecina de una amiga. Sin pensarlo mucho, fui y se la dejé. Con uno bastaba.

Yo me sentía muy triste por su abandono y me había regresado a vivir con Peter. Él me aceptaba con todo y niño. Yo sabía que le gustaba al gringo, pero a mí él no. Mejor me conseguí un novio de mi edad y otra vez salí embarazada. Tuve un niño y la verdad, no se parecía nada al mayor. Este niño salió flacucho y güerejo. Con mi nuevo novio no hice casa. Él siempre fue muy despegado y luego me di cuenta para qué me quería: para jugar. Si se trata de jugar, pensé, pues vamos a jugar. Decidí hacerle caso al gringo porque a fin de cuentas no estaba nada feo. Hablaba mal español, pero así medio mocho me dijo que él me quería a la buena y que se quería casar conmigo.

Yo di un respingo. ¿Casarme con mi patrón? ¿Se volvió loco o qué le pasa? Pero me convenció. Me dijo que sus deseos eran que no me faltara nada, que los niños crecieran y los mandara a la escuela, que recogiera a la niña. Que seríamos una familia y que eso era lo único que a él le faltaba, una familia, él vería por mí y por mis criaturas, yo solo tenía que limpiar y ser su mujer.

Le di varias vueltas y pregunté a mis amigas, a Andrea y a Josefa. Ellas dijeron que, si por ellas fuera, ni se lo pensaban. ¿Qué más podía pedir? Yo solo imaginaba ¿y ahora cómo le voy a llamar, si siempre le había dicho “señor”?

Me casé y me hizo prometerle que nunca lo iba a dejar y nunca lo iba a engañar. Yo decía: Gringo loco, ¿para dónde me voy a ir? Pero lo segundo no pude cumplirle. Después de cinco años, regresó mi primer amor. Vino dizque a ver a sus hijos y con ese pretexto me llevó a pasear. No me dejó más opción que volver a quererlo. Es más, nunca lo había dejado de querer. En menos que te lo cuento, volví a embarazarme. Con Pit nunca me pasó eso, y ni creas que no sé por qué. Ahora el dilema estaba en cómo le iba a decir a mi esposo que iba a ser papá, y de seguro ni me iba a creer.

Pit hizo el coraje de su vida y me decía una y otra vez: “Tú me prometiste que ni me ibas a dejar ni me ibas a engañar. ¿Por qué me engañaste? Traicionera. Berrionda”. Ya me podía decir lo que quisiera. Se le reventó una úlcera y fuimos corriendo a un hospital. Se puso grave. Vomitaba sangre. Para acabar la historia, se murió.

Me vi en el espejo joven, embarazada y viuda. Con cuatro hijos o al menos dos, o casi tres conmigo, la niña con la comadre creciendo como hija de ella, y me quedé sola. Lo bueno fue que, como me había casado por el civil, reclamé la casa y pedí la pensión que le daban a él, además dije que estaba esperando un hijo de él y cuando nació, también le dieron su dinerito hasta los dieciocho años. Al final no nos fue nada mal.